su escaso número, reconquistaron la tierra prometida y arrojaron de ella a los paganos, recobrando la capital y estableciendo en ella las leyes mosaicas, que estaban a punto de caer en el olvido, reemplazadas por el culto y las costumbres de los griegos. Hay en él, desde luego, más elementos históricos que en el libro anterior, como puede verse desde el primer capítulo, que reproduce dos cartas de los judíos de Jerusalén a los de Egipto para exhortarles a celebrar con sus compatriotas de Judea la fiesta conmemorativa de la nueva consagración del templo, para notificarles ciertos hechos relativos a la muerte de Antoico Epífanes, que declaraban el poder del Dios de Israel; para hablarles del fuego sagrado del altar, que había sido ocultado por los sacerdotes en el momento del cautiverio de Babilonia y descubierto más tarde por Nehemías, así como del tabernáculo, del arca del altar de los perfumes, que se habían conservado en la caverna donde los ocultara en otro tiempo el profeta Jeremías, y, finalmente, para expresar su gran alegría por haber recobrado la biblioteca de los libros santos, que había sido formado por Nehemías, «y en la cual se encontraban los libros de los reyes, los escritos de los profetas y las obras de David».

Empieza luego el relato hablándonos del ambiente que reinaba en el interior de Jerusalén y de algunos sucesos que preocupaban a sus habitantes: intrigas, desórdenes, profanaciones, tiranías y persecuciones, que provocaron, al fin, el estallido de la rebeldía contra los reyes de Siria: rivalidad en el prefecto del Templo, Simón, y el sacerdote Onías; tentativa del ministro Heliodoro para apoderarse del tesoro sagrado, recurso de Onías ante la corte de Seleuco IV Filopator para acabar con los abusos de su rival; usurpación del pontificado por Jasón, con propósito de helenizar a los judíos; intriga de Menelao, hermano de Simón, el prefecto, que hace asesinar a Onías, desposee a Jasón para reemplazarle por su hermano Sisimaco y se apodera del oro del templo; muerte de Sisimaco por el pueblo amotinado, proceso de Menelao ante los Tribunales del rey, que le absuelven deslumbrado por el oro sagrado; complot abortado de Jasón y los suyos para recobrar el poder, y represalias despiadadas de Antioco, que da orden de saquear y profanar el templo, de hacer cesar el culto nacional judío y de iniciar una campaña para convertir a los judíos al paganismo helético amenazando con grandes castigos a los recalcitrantes. Es el momento en que aparece la figura de Judas Macabeo. El texto sagrado cuenta cómo escapa milagrosamente al puñal de los asesinos y cómo, después de formar un pequeño ejército de hombres animados por un celo religioso a toda prueba, ataca de improviso los pueblos y las ciudades, defendidas por las guarniciones sirias, y gana victoria tras victoria en lucha campal con los generales de Antioco, Nicanor, Gorgias, Timoteo y Baquides. Conocedor de estos desastres, llega de Persia el rey mismo resuelto a vengarlos, pero cae de su carro y muere herido por la mano de Dios y arrepentido. Judas Macabeo aprovecha este momento para entrar en Jerusalén, purifica el templo y restablece el culto legal.

Antioco Eupator prosigue con el mismo tesón la guerra de Palestina, pero su general Ligiar es aniquilado por Judas Macabeo, en cuya ayuda vienen varios caballeros resplandecientes bajados del cielo. Otro tanto le sucede al general Timoteo con sus bandas asiáticas. Gorgias reaparece con la misma suerte que la vez anterior. Vuelve también y trata de apoderarse de Judas. El héroe judío burla sus asechanzas, le desafía, le vence y le mata cuando acaba de jurar que arrasaría el templo y pondría en el Sancta Sancto un altar consagrado a Baco. Judas manda cortar la cabeza y el brazo que se había tendido amenazador contra el templo y lo cuelga en el muro de la ciudadela.

En realidad, el autor no tiene como objeto principal contar las hazañas del primer Macabeo, y tal vez por eso su narración es a veces difícil de conciliar con lo que nos dice el libro primero. Lo que pretende, ante todo, es dejar bien sentada una doctrina: que Dios, si es verdad que castiga a los suyos, y con frecuencia duramente, se convierte en su protector cuando le son fieles y acaba por darles la alegría del triunfo en

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Consigna. #178, 1/11/1955.